



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Amigos en desacuerdo

Autor:

González y González, Luis

Forma sugerida de citar:

González, L. (1994). Amigos en desacuerdo. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 139-142.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

AMIGOS EN DESACUERDO

Por *Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ*
EL COLEGIO DE MICHOACÁN, MÉXICO

AHORA QUE IRENE ZEA me ha invitado a recordar al entrañable Amigo Carlos Bosch, me doy clara cuenta que las rutas de la amistad y el acuerdo pueden ir en distinta dirección sin mayores contratiempos. Nadie puede poner en duda la cuatitud de las parejas de Elisa y Carlos y de Armida y Luis pese a las diferencias sociales de los dos matrimonios. El que uno arrancara del sector urbano y bonito y el otro de la parte rústica y feíta de México no impidió la amistad de casi cincuenta años entre los Bosch y los González. Gracias a la generosidad de Carlos y Elisa todo fue hacer buenas migas entre ellos y nosotros. Aparte de las muchas veces que compartimos la comida y la conversa en nuestras casas de la ciudad de México, Armida y yo apuntamos en el breve catálogo de encuentros felices los que tuvimos con esa hermosa gente en Tokio, Manila, Yakarta, Delhi, El Cairo, Atenas, Roma y San José de Gracia. La primera gran virtud de Carlos fue la simpatía, la actitud generosa hacia los demás, siempre y cuando no fueran de las huestes de Franco. En el orden de las grandes querencias él se mantuvo muy amoroso de su Cataluña natal, de la República Española y del México que lo recibió cuando se deshizo de sus proclividades marinerías por el rumbo de Panamá y fue aceptado, a comienzos de los cuarenta, en plan de estudiante, en aquel instituto recién abierto por los transferrados españoles en el que conducían la batuta tres mexicas: Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Silvio Zavala.

Somos egresados del mismo taller, pero él fue un alumno brillante y fundador. Antes de concluir su licenciatura, las autoridades de El Colegio de México habían dado a las prensas su primer libro: *La esclavitud prehispánica entre los aztecas* (1944). Cuando yo entraba al Centro de Estudios Históricos él salía victoriosamente con un libro que fue muy agasajado por los académicos de nuevo cuño: *Problemas diplomáticos del México Independiente* (1947). En alguno

de los comeltones para celebrar la aparición de este volumen, Carlos se veía muy orondo y a la pregunta de alguien sobre la venta del libro él repuso que lo tenía sin cuidado la popularidad, que sólo aspiraba a la aprobación de los colegas. Desde entonces se negaba a ser ídolo popular, pero sí quería ser un historiador académico de fuste. Amplió sus estudios en el extranjero bien armado con becas de las fundaciones Guggenheim y Rockefeller. Por último, obtuvo maestría y doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el decenio de los cincuenta fuimos muy buenos camaradas en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, pero enseñamos de manera muy diferente. Él fue un profesor generoso y estricto, que no barco. Además enseñó y dirigió tesis en un titipuchal de instituciones: Mexico City College, Facultad de Filosofía y Letras, Escuela Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México. Miles de alumnos pasaron por sus clases y no me ha tocado oír a nadie que maldiga sus conferencias. Fue un profesor con gracia y con espíritu de ayuda, un verdadero ángel de la guarda.

Los que somos ratones de uno o dos agujeros, admiramos la habilidad de Bosch para desempeñar simultáneamente distintos oficios. Como secretario de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia se hizo justamente famoso en toda la enorme largueza del continente americano. Poco después fue el gran artífice de la Dirección de Publicaciones de la UNAM. Lo traté con mayor frecuencia cuando puso en marcha el Centro Interamericano de Libros Académicos. Aparte de ser un cliente asiduo pero pobre del CILA, tuve la oportunidad de darme cuenta de los talentos gerenciales, mercantiles y deportivos de Carlos Bosch. En su edad adulta volvió con éxito al arte de la marinería. Alguien tan de tierra adentro como yo envidiaba las travesías en yate maniobrado por aquel mil usos.

De aquellas breves hornadas de historiadores que produjo el primitivo Colegio de México resultaron muchas especies de clonautas. A la mayoría nos dio por abandonar la historiografía nacionalista, la que sólo se ocupaba de problemas nacionales generalmente de índole política. Algunos nos refugiamos en temas microhistóricos, en la pequeña historia local. Otros, como Bosch, fueron a ver lo que pasó más allá de las fronteras del país. Sus textos sobre *La base de la política exterior estadounidense* (1967); *Latinoamérica, una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX* (1978), y *Tres siglos de navegación mundial se concentraron en América* (1985) son algunos testimonios de la manera

como se saltó las trancas de la nación. Aparte de esa fuga introdujo otras novedades. En un país tan de espaldas a sus océanos él propuso el tema de *México frente al mar*. Aplicó al quehacer histórico la consigna del presidente Ruiz Cortines de la "marcha al mar".

También coincidimos y diferimos Carlos y yo en el gusto al método histórico. Él, desde los años cincuenta, sostuvo la ruta positivista como único camino de la investigación histórica y humanística. Su breve *La técnica de investigación documental* sigue siendo el libro de entrada de muchos aspirantes al estudio del hombre en chorchá. En no pocos congresos y simposios, Carlos criticó delante de mí mis propuestas de manga ancha o la aceptación de distintos modos legítimos de escribir la historia, cuya defensa hice en *El oficio de historiar*, la *Invitación a la microhistoria* y otros textos poco normativos y rigurosos.

Carlos Bosch García, hijo del célebre arqueólogo Pedro Bosch Gimpera, acudía a sus metas, casi siempre originales, por la ruta muy trillada del positivismo. Acariciaba y sometía a tortura a los documentos. Su preferencia por las fuentes primarias es patente en sus libros monográficos y en las multivoluminosas colecciones documentales. De éstas, recuerdo *Material para la historia diplomática de México* entre este país y los Estados Unidos que dio a luz en 1957 y los *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos* correspondientes al periodo que va de la hechura de la nación-Estado a la que se convino poner el nombre de México, al robo yanqui de la mitad del territorio mexicano.

En vísperas de la entrada del laboriosísimo Bosch a la tercera edad, empezó a padecer fuertes migrañas de domingo a las que dominó con actividades artísticas. Se mantuvo como maestro y escritor de asuntos históricos de lunes a viernes y se convirtió en un excelente paisajista de fin de semana. En el hogar y en el de nuestros hijos exponemos con orgullo los paisajes que nos regaló Carlos. En ellos se pinta la mitad rústica de México, en la que predominan los colores azules, verdes y pajizos, las casitas de poca pluma, los árboles frondosos, las aguas transparentes y el ir sobre la vida de las cosas con noble lentitud. El historiador estaba enfermo de urbanismo, pero la rusticidad mexicana lo extrajo de ese hoyo.

Al incurrir en la tercera edad, en el año en que se publicó *El mester político de Poinsett en México*, Carlos Bosch había publicado una docena de volúmenes, impartido centenares de cursos y conferencias, guiado a muchísimos tesisistas y recibido muy pocos reconocimientos. Como quiera, en los últimos años ingresó al festival

de las corcholatas. Un día lo declararon investigador emérito de la UNAM y otro académico de la historia. En compañía del doctor Silvio Zavala, asistió puntualmente a las reuniones mensuales de la Academia. Allí remachamos amistad y desacuerdos, pero sobre todo la camaradería.

Pese a haberlo visto con un breve tambo a cuestras, como no se le veía la cara de espanto que ponen los moribundos, nunca creí que el dicharachero de siempre estaba a punto de callar. Me dijo Elisa que seguía enseñando y escribiendo y no vi en la lentitud de palabra y ademán ningún indicio de lo que sucedió poco después.



Con Luis González en Zamora, 1980.